



## 2. Participantes de la naturaleza divina: conceptos y presupuestos detrás de la expresión *theías koinōnoi fyseōs* en 2 Pedro 1,4

Mauro Barreiro

Unión Uruguaya

Nueva Helvecia, Colonia, Uruguay

mauro.barreiro@adventistas.org

Julián Doni

Asociación Bonaerense

Mar del Plata, Buenos Aires

julian.doni@adventistas.org.ar

Martín Mammana

Facultad de Teología y Facultad de Humanidades,

Educación y Ciencias Sociales

Universidad Adventista del Plata

Libertador San Martín, Entre Ríos

martin.mammana@uap.edu.ar

Recibido: 19 de mayo de 2023

Aprobado: 10 de agosto de 2023

### Introducción

El texto de 2 Pedro 1,4 contiene una de las promesas más maravillosas de la Biblia: el creyente puede convertirse en participante de la naturaleza divina. En cierta forma, las palabras del apóstol Pedro traen a la memoria los acontecimientos narrados en los primeros capítulos del libro de Génesis. Allí se describe la perfección del planeta Tierra al ser creado por Dios y se



coloca al ser humano como la corona de dicha creación, siendo él mismo hecho a imagen del Creador. Pero el pecado entró en el mundo; y, con él, la desgracia, el dolor, el sufrimiento y la muerte. La humanidad, sin esperanza, quedó a la deriva de las consecuencias de sus propias decisiones. Sin embargo, Dios no se resignó a perder una parte de su creación, por lo que decidió poner en marcha el plan de rescate más grande de todos los tiempos: el plan de salvación. Desde ese entonces, su objetivo ha sido recrear en el ser humano la imagen divina que perdió en el jardín del Edén. A través del sacrificio de Jesús, no solo se puede obtener el perdón de los pecados, sino también las “...preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas ustedes lleguen a ser partícipes de la naturaleza divina...” (2 Pe 1,4, RVC).

Ahora bien, la pregunta que surge en torno a este tema es la siguiente: ¿será que se puede recuperar la imagen de Dios durante la vida terrenal o es un suceso que ocurre únicamente en ocasión del fin del mundo y la restauración de todas las cosas? El texto griego no presenta dificultades a la hora de traducir la expresión *theías koinōnoi fyseōs*. Por lo tanto, la interpretación del texto depende de los presupuestos y conceptos previos que tengamos acerca del autor de la epístola y del año de su composición. En otras palabras, considerar a la Biblia como un libro inspirado o evaluarla como un simple objeto de estudio es lo que determinará el resultado de la búsqueda. Esta breve investigación expone un resumen de las dos posturas principales en torno a la interpretación de 2 Pedro 1,4 y sus implicancias a la hora de aplicar las conclusiones al estilo de vida cristiano.

### Dos perspectivas contrapuestas

Para varios autores, la expresión “naturaleza divina” no encaja con el mensaje del Nuevo Testamento; les parece más un eco de la literatura helenística, con sus propuestas filosóficas dualistas, que propia del mensaje bíblico cristiano. Existe, por ende, la tentación de atribuir la autoría del texto a un escritor de mediados del siglo II d. C., con pensamientos gnósticos y estoicos. Pero, si se respeta la autoría petrina que el mismo texto reclama, se debe entender esta expresión en el contexto del mensaje global que presenta la Biblia acerca de la naturaleza humana y la naturaleza

divina. A continuación, se presentan los principales argumentos de las dos posturas, las cuales parten de distintos “puertos” para llegar a destinos muy diferentes.

*Argumentos a favor de una  
composición tardía*

Los defensores de esta postura sostienen que la expresión “participantes de la naturaleza divina” resulta extraña en el Nuevo Testamento, pero que debe ser entendida como una adaptación a la filosofía griega popular, especialmente del estoicismo. Aparentemente, este concepto era bien conocido en el ámbito helenístico y, en particular, en los círculos estoicos.<sup>1</sup> Los mismos autores que afirman que esta descripción de la salvación como una huida de la corrupción del mundo tiene el tinte del platonismo estoico popular también argumentan que esta idea se ve reflejada en los escritos de Filón y que conforma un elemento principal en las tradiciones cristianas místicas tardías, en las que el ideal a alcanzar era un alma divinizada por su separación del mundo, un alma unida con lo divino. Esa unidad no podía ser conseguida mientras el alma estuviera asociada con lo material y las pasiones propias de lo material.<sup>2</sup> Hay quienes también resaltan el hecho de que no es inusual encontrar en la literatura helenística menciones de los mortales compartiendo la naturaleza divina,<sup>3</sup> por lo que 2 Pedro podría ser el fruto del trabajo de uno o varios judíos helenizados. En teoría, habrían tomado de Platón la idea de “intentar escapar de aquí hacia allá tan pronto como sea posible; y escapar es volvernos como Dios tanto como sea posible”, al igual que Filón, para reproducir este pensamiento, urgiendo al hombre a escapar de su ambiente terrenal, de la prisión inmunda del cuerpo y sus placeres lujuriosos. Se trataría de un paralelo de la aspiración de la unión con lo divino,

<sup>1</sup> Bo Reicke, *The epistles of James, Peter, and Jude*, Anchor Bible 37 (Nueva York: Doubleday, 1964), 153.

<sup>2</sup> Pheme Perkins, *First and Second Peter, James, and Jude*, Interpretation 41 (Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 1995), 168, 169.

<sup>3</sup> Jerome H. Neyrey, *2 Peter, Jude*, Anchor Bible 37C (Nueva York: Doubleday, 1993), 157.

propia de los cultos de misterio, muy difundida en los siglos I y II d. C., tanto en la religión de la gente común como en la de los más ilustrados.<sup>4</sup>

En cuanto a “escapar de la corrupción”, el aoristo participio apunta a un acto definitivo, por lo que es probable, según afirman los defensores de una composición tardía, que esté haciendo referencia al bautismo y la renuncia del pecado. Pero este “deseo” del que habla (*epithymia*) es intrínsecamente malo, y el mundo es mencionado como sujeto a la corrupción (*phthora*), el poder del mal por el que toda la creación está esclavizada en el presente. En el pensamiento griego filosófico, era ampliamente aceptado como axiomático que todo lo perteneciente al mundo futuro como opuesto al mundo del ser verdadero estaba expuesto a la *phthora* o decaimiento.<sup>5</sup> Si estas fueran las presuposiciones del autor de la epístola, escapar de la corrupción para ser participantes de la naturaleza divina debe referirse a la destrucción como opuesto a lo imperecedero. La expresión *phthora* tiene un sentido doble en el Nuevo Testamento: destrucción y corrupción moral. Mientras los discípulos de Jesús huyen del mundo corrupto que está condenado a la destrucción, llegan a ser inmaculados y llenos de virtud. Entonces estarán habilitados para entrar en otro mundo, el “reino eterno de nuestro Señor”. La naturaleza divina a la cual Dios nos invita a participar es caracterizada como incorruptible, así como Dios es incorruptible. La corrupción sirve de contraste entre el mundo de Dios y el mundo de los mortales.<sup>6</sup> Este escenario en el que los mortales comparten la incorrupción de Dios es definido en términos cristianos como el fin del mundo, donde la impecabilidad es premiada con la entrada al reino eterno y la participación en la incorrupción divina.<sup>7</sup> De esta manera, las promesas divinas a las que se refiere el texto se cumplirían específicamente en la segunda venida de Cristo, momento en el cual los creyentes entrarán en una unión verdadera con Dios y participarán de su gloria, inmortalidad y bienaventuranza.<sup>8</sup>

<sup>4</sup> John N. D. Kelly, *A commentary on the epistles of Peter and of Jude*, Harper’s New Testament Commentaries (Nueva York: Harper & Row, 1969), 303.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 302.

<sup>6</sup> Neyrey, *2 Peter, Jude*, 157.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 158.

<sup>8</sup> Kelly, *A commentary...*, 301, 302.

En síntesis, lo que sostienen estos autores es que el escritor de la epístola estaba intentando naturalizar dentro de la teología cristiana una tradición mística ampliamente difundida, y que sus ideas tentativas estaban destinadas a proveer una firme base escritural para la vasta teología de la divinización de la naturaleza humana, la cual dominaría los siglos de la patrística y cuya influencia permanece en amplias secciones de la cristiandad hasta el presente.<sup>9</sup>

*Argumentos a favor de una  
composición temprana*

Es cierto que la idea de compartir la naturaleza divina puede sonar como los postulados del panteísmo estoico o de la extraña religión del gnosticismo. Un comentarista liberal podría concluir que Pedro no es el autor y que la carta fue escrita alrededor del 150 d. C., pero esta epístola no es estoica ni gnóstica. El texto indica que somos participantes de la naturaleza divina a través de la gracia y de las promesas dadas a aquellos que son llamados. En contraposición, el estoicismo proponía que todo hombre era, por naturaleza, un destello de la divinidad. Es decir, no es un tema de llamado, sino de ley natural. Por ende, si el autor realmente hubiera vivido alrededor del 150 d. C., habría evitado una frase tal por las condiciones que presenta para participar de dicha naturaleza. No hay nada en la epístola que el apóstol Pedro no hubiera escrito. Las palabras que usa son familiares para los lectores del primer siglo; no es filósofo y no se refiere al gnosticismo.<sup>10</sup>

Participar de la naturaleza divina no significa ser absorbidos dentro de la deidad, como algunas religiones místicas sostienen, ya que esto disolvería la identidad personal. En lugar de eso, implica una relación íntima con el Espíritu de Dios. Para el cristiano, Cristo no es un modelo externo, sino un poder interno. El cristiano tiene una naturaleza en común con Cristo: sufre al igual que Cristo y participará de la gloria al igual que Cristo. En todo esto, él está “llegando a ser”; todavía no ha arribado por completo.

<sup>9</sup> *Ibid.*, 304.

<sup>10</sup> Gordon H. Clark, *II Peter: A short commentary* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1975), 12, 13.

El cristiano no posee la naturaleza divina, sino que continuamente participa de ella.<sup>11</sup> Desde la manifestación de Dios en Cristo, todos los seres humanos podemos acercarnos y ser hechos participantes de esa gloria; al igual que Moisés, cuando reflejó la gloria de Dios en su rostro tras haber estado en su presencia. El hombre *llega a ser* —ya que es un proceso gradual— participante de la naturaleza divina y se acerca cada vez más a Dios mientras vive aquí; y será completado por su misericordia en ocasión de la cena de bodas del Cordero.<sup>12</sup> Pero este proceso no puede ser logrado por la sola voluntad del ser humano, ya que es Jesús quien hace que cada creyente participe de la naturaleza divina. Él libra al ser humano de la corrupción y lo capacita para vencer las tentaciones que lo conducen nuevamente a su estado corrompido.<sup>13</sup>

Pero ¿en qué consiste participar de la naturaleza divina? ¿Cuáles son sus implicaciones prácticas? Existen algunos atributos de Dios que son comunicables y otros que son incommunicables. Hay una diferencia entre “compartir la naturaleza” y “compartir la esencia”. En este caso, lo que Pedro trata de decir es que el creyente debe “poseer la vida de Dios como fuente, no de sus atributos incommunicables, sino de su conducta imitable”.<sup>14</sup> Esta comunión con la naturaleza divina comienza ya en este mundo. Cuando aceptamos a Cristo, su naturaleza imitable inicia la lucha entre la nueva naturaleza y la vieja.<sup>15</sup> Seguramente, Pedro tenía bien presentes las enseñanzas de los gnósticos y los falsos maestros, por eso toma sus expresiones y les da el significado correcto, utilizándolas para explicar la verdad. El apóstol deja bien en claro que “la corrupción que hay en el mundo no es causada por la materialidad, como enseñaban los

---

<sup>11</sup> George A. Buttrick, ed., *The interpreter's Bible*, 12 vols. (Nashville, TN: Abingdon Press, 1957), 12:174.

<sup>12</sup> W. Robertson Nicoll, ed., *The expositor's Bible*, 6 vols. (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1943), 6:729.

<sup>13</sup> Harold L. Fickett, *Los principios del pescador* (Barcelona: Literatura Evangélica, 1975), 135, 136.

<sup>14</sup> Matthew Henry, *Comentario exegético-devocional a toda la Biblia*, 10 vols. (Barcelona: CLIE, 1991), 10:131.

<sup>15</sup> *Ibid.*, 130-132.

gnósticos, sino por los malos deseos. Escapamos de ella no por medio del abuso del cuerpo, sino por su uso correcto”.<sup>16</sup>

Esta transformación de la que el versículo viene hablando comienza con el nuevo nacimiento y continúa hasta que Cristo vuelva. Pero, para ser participante de la naturaleza divina, el cristiano debe apartarse de la corrupción. Esto supone una parte activa del ser humano en la “huida”. El cristiano no es salvado *en* el pecado, sino que recibe poder para apartarse *del* pecado, y solo puede alcanzar la participación en la naturaleza divina después de haber huido de la corrupción.<sup>17</sup> La escritora Elena G. de White se refiere a la participación de la naturaleza divina de la siguiente manera:

Las tendencias al mal, hereditarias y cultivadas, son eliminadas del carácter a medida que participamos de la naturaleza divina, y somos convertidos en un poder viviente para el bien. Cooperamos con Dios en el triunfo sobre las tentaciones de Satanás aprendiendo siempre del divino maestro, participando diariamente de su naturaleza. Dios actúa y el hombre actúa para que este pueda ser uno con Cristo como Cristo es uno con Dios. [...] Por medio de su gracia son hechos participantes de la naturaleza divina, y así se los capacita para vencer la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Dios es quien nos da poder para vencer.<sup>18</sup>

En otra de sus obras, *El Deseado de todas las gentes*, añade:

El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo. Por medio del Espíritu es purificado el corazón. El creyente llega a ser participante de la naturaleza divina a través del Espíritu. Cristo ha dado su Espíritu como poder divino para vencer todas las tendencias hacia el mal heredadas y cultivadas, y para imprimir su propio carácter en su iglesia. [...] La humanidad de Cristo ha tocado nuestra humanidad, y nuestra humanidad ha tocado la divinidad. Así, por medio de la intervención del Espíritu Santo, el hombre llega a ser participante de la naturaleza divina.<sup>19</sup>

<sup>16</sup> Robert Johnston, *La Biblia amplificada: Pedro y Judas* (Florida Oeste, Buenos Aires [BA]: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2006), 143, 144.

<sup>17</sup> Francis D. Nichol, ed., *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, 7 vols. (Florida Oeste, BA: Asociación Casa Editora Sudamericana, 1990), 7:616.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 7A:954.

<sup>19</sup> Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes* (Florida Oeste, BA: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2014), 625, 630.

## Conclusión

El texto de 2 Pedro 1,4 se dirige a ciertos cristianos que, aparentemente, ya habían comenzado a transitar la vida cristiana. El apóstol les recuerda que, luego de haber huido de la corrupción del mundo, ahora pueden llegar a ser participantes de la naturaleza divina. Si bien muchos autores prefieren identificar al escritor de esta epístola como un cristiano gnóstico o judío helenístico del siglo II d. C., influenciado por las ideas de las religiones de misterio de su época, el texto reclama definitivamente la autoría de Pedro. Teniendo como base el presupuesto de que la Biblia es la Palabra de Dios y fue inspirada por él en su totalidad, se entiende que el mejor camino para interpretar correctamente este texto consiste en reconocer a su verdadero autor, el apóstol Pedro, en el contexto en el que vivió.

El llamado a ser participantes de la naturaleza divina no se refiere exclusivamente a la transformación que experimentarán los salvos en ocasión del regreso de Jesús. El Espíritu Santo actúa en el corazón humano y, si la persona lo permite, lo transforma por completo. Esta conversión suele ocurrir en el momento en que el individuo acepta a Cristo como Salvador y se entrega a él mediante el bautismo. Pero el proceso no termina allí, sino que continúa de manera gradual a lo largo de toda la vida. El Espíritu de Dios dota al hombre de la capacidad de vencer las tentaciones; y este, al triunfar, se vuelve participante de los atributos comunicables de Dios. El ser va siendo transformado a imagen de Cristo, ya que él habita en el corazón del ser humano y le otorga su poder (Ga 2,20). Esta transformación terminará de completarse cuando Jesús regrese como Rey triunfante en las nubes de los cielos y lo corruptible sea vestido de incorruptibilidad.